

VII. OPUS IMPERFECTUM IN MATÆUM. Consta de 54 homilias. Esta obra se llama imperfecta, no por serlo en las materias que trata, si no porque su autor no pudo terminarla.

VIII. HOMILIA DE PÆNITENCIA ET EUCHARISTIA.

Atribúyese también á San Juan Crisóstomo la epístola *Ad Cæsarium*, pero está suficientemente demostrado que no es suya.

Vamos á ocuparnos ahora del máximo entre los doctores, ó sea de San Jerónimo, el cual nació en los confines de Dalmacia y de Panonia, en un lugar llamado Estridon, en tiempo del emperador Constancio, como se infiere de lo que él mismo escribe. En cuanto á la fecha fija no puede precisarse, pues hay mucha divergencia entre los autores. Su padre se llamó Eusebio. Este que era rico le envió á Roma donde se instruyó en la escuela del famoso gramático Donato, estudiando con profundidad cuanto hasta entonces se habia escrito. Algo se le pegó de la corrupcion de la juventud de Roma, pero pronto se corrigió. Hizo un viaje á las Galias, y á su vuelta recibió el bautismo, desde cuyo momento abandonó por completo todas las cosas del mundo, entregándose enteramente al servicio de Dios y á hacerse útil á la iglesia, encontrando sus mayores delicias en la oracion, en el retiro y en el estudio de las Sagradas Escrituras. Hizo frecuentes viajes, y se vió sumamente molesto por tentaciones de impureza, siendo tantas las mortificaciones y penitencias á que se entregó en los desiertos de la Siria á donde se habia retirado que estremece el leerlas. Fué muy perseguido por los monjes del desierto que pretendian se declarase contra Paulino de Antioquia y que admitiese en Dios *tres hipóstases*, de cuya expresion abusaban entonces los herejes.

Es notable la carta que con este motivo dirigió al papa San Dámaso: en ella decia: «No siguiendo otro jefe que á Jesucristo, yo me quedo unido á vuestra Beatitud, esto es á la silla de San Pedro. Sé que la Iglesia fué edificada sobre esta piedra: cualquiera que come el cordero fuera de esta casa es profano; quien no está en el arca de Noé perece por el diluvio. Quien no recoge con vos, disipa, esto es, no está por Jesucristo, sino por el Anticristo. Os suplico pues que me digais, si he de decir ó no tres hipóstases, y con quien he comunicar en Antioquia.»

El Papa se declaró por San Jerónimo, al que apreció mucho

luego que le hubo conocido personalmente y que reconoció que era un verdadero prodigio de sabiduría y de santidad. Paulino se empeñó en ordenarle á lo que al santo se resistía por su humildad, pero al fin convino en ello, con la expresa condicion de que le habian de dejar hacer vida solitaria. Por miedo de que le obligasen á predicar y á ejercer las demás funciones propias del presbiterado, pasó á Constantinopla, donde al lado de San Gregorio Nacianzeno continuó su estudio favorito de las Sagradas Escrituras. Despues fué á Roma con San Epifanio y Paulino de Antioquia. Entónces fué cuando el papa San Dámaso le dió el encargo de redactar las respuestas que la Santa Sede enviaba á los obispos que le consultaban acerca de la fé, de la moral ó de la disciplina de la Iglesia. La predileccion que por él manifestaba el Sumo Pontífice le suscitó profundas envidias y muchos enemigos. El mismo santo Doctor se queja de muchos que llamándose amigos suyos procuraban siempre deshonorarle.

Despues de la muerte de San Dámaso, San Jerónimo permaneció muy poco en Roma, y se retiró á la Palestina. Pasó por Alejandria donde se detuvo algunos dias con el famoso ciego Didimo, proponiéndole sus dificultades sobre la Escritura. Luego se retiró á Belen donde se propuso perfeccionarse en la lengua hebrea, y trabajó mucho por llevar á feliz término el monasterio que habia edificado Santa Paula. En Belen escribió el santo Doctor muchas de sus obras. Allí tranquilo en su soledad, refutó á los herejes, é hizo su famosa traduccion de las Sagradas Escrituras que tan justamente apreciada ha sido siempre y lo es. San Jerónimo fué el primero que refutó los errores de Pelagio, el cual se vengó del santo suscitando contra él una horrible persecucion en Jerusalem. También pulverizó con incontestables argumentos los errores de Elvidio, Vigilancio y Joviniano.

Rufino, antes tan amigo de San Jerónimo, y Juan de Jerusalem, le hicieron despues una grande guerra.

Por último lleno de merecimientos murió San Jerónimo el 30 de Setiembre del año 420, de más de noventa años de edad, habiendo sido desde entónces venerado como uno de los más grandes doctores de la Iglesia, habiendo merecido el calificativo de *Doctor Máximo*. Nadie, decia Postumiano, se atreve á compararse con Je-

rónimo, no solo en el celo por la fé y práctica de las virtudes, pero tampoco en las ciencias. Le aborrecen los herejes, porque impugna sus errores: y algunos clérigos y monjes, porque declama contra sus vicios. Pero la gente de bien todos le quieren y admiran.

Se cree comunmente que San Jerónimo fué nombrado cardinal por San Dámaso, pero esto es un error. No fué mas que simple sacerdote.

Hé aquí ahora las obras mas notables de este célebre Doctor de la Iglesia.

I. Ocupa el primer lugar la TRADUCCION LATINA DE LA SAGRADA ESCRITURA, hecha directamente y con el mayor esmero del texto hebreo. La Iglesia católica le ha sancionado como su único texto. Esta traduccion es la que se conoce con el nombre de la *Vulgata*.

II. La traduccion al latin de la obra de Didimo, titulada DE SPÍRITU SANCTO.

III. COMENTARIOS sobre algunos libros del Antiguo y Nuevo Testamento.

IV. Tratados de polémica contra Montano, Helvidio, Joviniano, Vigilancio, Pelagio, Rufino y los partidarios de Origenes.

V. CATALOGUS SCRIPTORUM ECLESIASTICORUM. Da cuenta de todos los escritores célebres que hasta su tiempo habia tenido la Iglesia.

VI. Traduccion y continuacion de la CRÓNICA DE EUSEBIO DE CESAREA. Habiéndose perdido el original griego de esta obra, solo se conserva la traduccion latina de San Jerónimo.

VII. LAS EPÍSTOLAS, que son muchas y de grandísima importancia.

VIII. HISTORIA DE LOS PADRES DEL DESIERTO. El título de esta obra indica suficientemente su objeto.

Algunas otras obras se atribuyen tambien á San Jerónimo, y son las siguientes, segun indicacion del señor Sanchez:

I. *Quæstiones seu traditiones hebraicas in libros Regum et Paralipomenum*. No es digna de San Jerónimo. Segun Nicolás de Lyra fué escrita por un judío *neófito*, y no se puede leer sin cautela por contener noticias inexactas y fábulas ridículas.

II. *Commentaria in lamentationes Jeremiæ*. No puede ser del Doctor Máximo, pues su autor muestra que ignora el hebreo y el

griego, en cuyos idiomas tan profundos conocimientos tenia San Jerónimo.

III. *Annotationes in Acta apostolorum*.

IV. *Comentaria in Psalmos*.

V. *Comentaria in Proverbia Salomonis*. Se cree generalmente que esta obra es del venerable Beda. No puede ser de San Jerónimo porque en ella se cita á San Gregorio Magno que vivió un siglo despues.

VI. *Comentaria in Job*. Tambien se cree que es del venerable Beda.

VII. *Comentaria in omnes Sancti Pauli epistolas*. «Aunque se encuentran estos comentarios, dice Sanchez, en el tomo 8.º de las obras de San Jerónimo, creen algunos críticos que no son suyos. En lo antiguo sin embargo, se creia en su autenticidad.»

VIII. *Symboli explanatio ad Damasum*. Se cree que fué escrita por Pelagio. A este heresiarca la atribuye San Agustin en su libro de *Peccato Originali*, capítulo XXI.

IX. *Epistola ad Demetriaden Virginem*. «Esta epístola, dice el mismo escritor, es del hereje Pelagio, segun afirma San Agustin en la Epístola 143, escrita *Ad Julianem*, madre de la misma Demetria á quien intentaba alucinar el fundador del pelagianismo.»

Vamos ahora á ocuparnos del gran Padre San Agustin, una de las más brillantes lumbreras de la Iglesia, sapientísimo prelado, génio fenomenal, doctor insigne, y el mas decidido atleta de los dogmas católicos; candelero de oro elevado en medio de la Iglesia para alumbrar á todo el mundo con su sublime doctrina y disipar las tinieblas del error que llegaron á extenderse sobre la tierra, suscitado por Dios para ser como un dique que se opusiera al torrente devastador de la herejía que parecia querer destruir la fundacion divina.

Fijemos la vista en la época de los Santos Padres. La Iglesia que por el gran Constantino habia salido victoriosa de las catacumbas y que veia multiplicarse por doquier los frutos hermosos del frondoso árbol del Evangelio, no habia acabado de luchar, pues tras la batalla de la espada habiase presentado la batalla de la inteligencia. No existian ya aquellos emperadores-déspotas que hacian correr á torrentes la sangre de los confesores de la sublime

doctrina del Crucificado, en todas las provincias sujetas al imperio romano, pero el infierno habia vomitado todo su odio para presentar guerras no menos encarnizadas á la verdad.

Ya hemos visto de qué manera se sucedian las herejias destinadas á combatir el dogma católico. Por todas partes aparecian esos emisarios del ángel de las tinieblas. Donatistas, Melecianos, Luciferianos, Arrio, Apolinar, Manes, Prisciliano, Pelagio, Eutiques, Vigilancio, Nestorio, el blasfemo enemigo de la Madre de Dios, Joviniano y otros muchos levantaron estandartes de rebelion contra las más augustas verdades, conmoviendo el mundo y arrastrando por el camino del error á una multitud de hombres incautos que delumbrados por el resplandor de la falsa ciencia, fueron ciegos que guiados por otros ciegos tuvieron necesariamente que caer en el precipicio.

Mas ¡qué admirable se muestra la Providencia en sus disposiciones para hacer inútiles los esfuerzos de los enemigos de la Iglesia! Del seno mismo de las herejias, de la secta maniquea, sacó el que habia de ser denodado defensor y custodio de la verdad católica. ¡Obra magnífica y admirable de la gracia! Del maniqueismo salió el gran Padre, el doctor insigne, el grande Agustin, columna firme de los dogmas católicos, ingenio penetrante, sutil, fenomenal, y al que podemos llamar un verdadero pozo de sabiduría, porque San Agustin no fué sábio en determinada materia, sino en todos los ramos del saber humano.

Si bien nos hemos propuesto ser breves en dar noticias biográficas de los santos, debemos hacer una excepcion en San Agustin, figura colosal en la historia de la Iglesia.

Nació este santo Padre en Tagaste de la Numidia, provincia de Africa, el 13 de noviembre del año 354. Su padre fué Patricio que era gentil y se convirtió, habiendo recibido el bautismo poco tiempo antes de su muerte. Su madre fué Santa Mónica, mujer de extraordinarias virtudes, modelo de esposas y de madres. Agustin empezó sus estudios en su mismo pueblo natal, de donde pasó á Madora y más tarde á Cartago, en cuya última ciudad se entregó por completo á la disipacion, viviendo encenagado en los vicios y siendo el escándalo de la ciudad. Durante este tiempo tuvo un hijo natural al que llamó Adeodato, el cual murió en edad temprana.

Era tan claro su ingenio, tan extraordinario su talento, tan profunda su aplicacion al estudio en medio de sus continuas distracciones, que era la admiracion de cuantos le conocian y trabajaban; y los hombres versados en las ciencias descubrian en lontananza contemplando á Agustin, el hombre mas sabio de su siglo. Y por cierto no se engañaban.

Muchos son los escritores que ocupan gran número de páginas hablando de este hombre verdaderamente extraordinario. Nada nuevo podriamos añadir á los grandes elogios que aquellos le han tributado. Así, pues, reproduciremos los principales conceptos de uno de los mas sabios historiadores de la Iglesia, hasta la elevacion de San Agustin á la dignidad episcopal.

El Santo pedia á Dios la castidad; pero en el fondo de su corazon deseaba que Dios tardase en concedérsela. No obstante, hizo los mas rápidos progresos en el conocimiento de las lenguas latina, griega y hebrea, en las demás ciencias y artes que llaman liberales; y un libro de Ciceron intitulado *Hortencio*, que ya no tenemos, le inspiró el amor á la verdadera filosofía, desprecio de las vanas esperanzas del mundo, y deseo de la sabiduría y bienes eternos. Este fué como el primer movimiento de su conversion. Tenia entonces unos veinte años: en los libros de los filósofos hallaba de menos el nombre de Jesucristo que habia mamado con la leche de su madre; y en las santas Escrituras le disgustaba la sencillez del estilo. En esta situacion le sorprendieron los maniqueos, de cuya boca no salian los nombres de Jesucristo, del Espíritu Santo, y de verdad; y burlándose de la docilidad con que los católicos mandan creer, ofrecian demostrar claramente todos sus dogmas. Tan pomposas ofertas le alucinaron, y se aficionó á sus extraños desvarios. Santa Mónica sintió mas ver á su hijo en una secta detestable, que si se le hubiese muerto; y no quiso comer con él, hasta que Dios en sueños le hizo prever su conversion. La santa deseosa de que fuese pronto, suplicó á un santo obispo que hablase á su hijo, y procurase convencerle. El obispo le respondió, que estaba todavia muy encaprichado en aquellos errores que le venian de nuevo. «Dejadle, añadió, rogado por él, y no dudeis que leyendo sus libros se desengañará.» Santa Mónica no quedó satisfecha, y con muchas lágrimas le instaba que hablase á su hijo; y el obispo como enfa-

dato le respondió: «Andad, es imposible que perezca el hijo de tales lágrimas.» La Santa recibió esta respuesta como un oráculo del cielo, y con esto quedó consolada.

Entre tanto San Agustín, acabados sus estudios, enseñó la gramática y retórica en su patria. Tenía la debilidad de consultar á los astrólogos, y leer sus libros; mas un famoso médico le desengañó. Comenzó también á conocer cuan ridículas eran las fábulas de los maniqueos sobre el sistema del mundo, la naturaleza de los cuerpos celestes y de los elementos, viendo que eran mucho mas fundadas y verosímiles las razones que los matemáticos y filósofos daban de los eclipses, y del curso de los astros. Aquellos sectarios ponderaban mucho la sabiduría de Fausto, uno de sus principales maestros: el Santo esperaba hallar en él mas sólidas sentencias y mas erudición: tuvo ocasion de tratarle, y vió que como los demás no tenía fondo de sabiduría, sino mucha soberbia. Así el ansia con que el Santo buscaba la verdad, le hizo conocer que no estaba en aquella secta; y á la edad de 28 años se halló libre de toda afición á los errores de los maniqueos. Pasó entonces á Roma; y poco despues obtuvo la plaza de profesor de retórica en Milan. San Ambrosio le recibió con tal afecto que comenzó á ganarle el corazón. Agustín aunque desengañado de los maniqueos conservaba su amistad; pues estaba todavía muy preocupado contra la iglesia católica, y propenso á los filósofos academicos que dudaban de todo: le parecía que hallaba contradicciones en todas las sectas dogmáticas, y concluía que lo mas prudente era quedarse en duda.

En este estado iba continuamente á oír los sermones de San Ambrosio, sin detenerse en las cosas que decía, llevado solo de la belleza de su estilo y elocuencia. Con todo insensiblemente se inclinó á la doctrina católica, y conoció que á lo menos podia defenderse. Resolvió, pues, recobrar la calidad de catecúmeno, en que su madre le habia puesto cuando niño, y quedarse así, hasta que conociera mas claramente la verdad.

El Santo habia pasado á Italia, sin decirlo á su madre, para que no se lo estorbase; pero Santa Mónica luego que lo supo le fué siguiendo sin detenerse en peligros. Cuando este le dijo, que ya no era maniqueo, pero que tampoco era católico, la Santa llena de confianza le respondió, que estaba cierta de verle fiel católico ántes

de morir. A este fin dirigia siempre Mónica sus oraciones, y llevaba en Milan una vida de mucha edificacion. Desde sus primeros años habia sido grande su virtud, y en su matrimonio sufrió algunos excesos de su marido con tal paciencia, que servia de ejemplo á las demas casadas. Despues de viuda se dedicó enteramente á las obras de piedad, hacia grandes limosnas, servia á los pobres, asistia diariamente á la oblacion del santo altar, é iba á la iglesia mañana y tarde, para oír la palabra de Dios, y hacer sus oraciones. En todos sus estados tuvo muy particular afecto y veneracion á las santas Escrituras, y muy particular tino y habilidad para reconciliar las personas que estaban reñidas. Dios se le comunicaba con visiones y revelaciones, y la Santa sabia muy bien distinguir las de los sueños y pensamientos naturales. En Milan quiso llevar á la iglesia pan, vino y carnes, como solia en Africa, para los convites que se celebraban en las iglesias en honor de los mártires; mas el portero de la de Milan no se los dejó entrar, porque San Ambrosio habia prohibido aquellos convites, por los abusos que se habian introducido en ellos. La Santa no faltaba nunca á los sermones del santo obispo, á quien amaba y respetaba como á un ángel de Dios, especialmente por haber puesto á su hijo en el estado de duda, que habia de ser la crisis de su mal. El Santo quería también á Santa Mónica por su piedad y santas costumbres, y solia dar á San Agustín la enhorabuena de haber tenido tal madre.

Entre tanto San Agustín iba hallando mas gusto en los sermones y tratos de San Ambrosio, y sentia no poderle ver mas despacio por hallarle siempre muy atareado. Todos los domingos oía su sermón: iba conociendo mas y mas que pueden disiparse todas las calumnias con que los impostores impugnan los libros sagrados, y comenzaba á conocer la necesidad de la autoridad y de la fé. Tenia consigo dos amigos íntimos, Alipio y Nebridio. Alipio era paisano y discípulo suyo: estudió el derecho en Roma, siguió á San Agustín cuando fué á Milan, y fué asesor ó consultor de varios magistrados con admirable entereza. Nebridio era de cerca de Cartago, y habia dejado su pais, su madre y sus bienes, para vivir en Milan, con San Agustín, y buscar la verdad. Este era el deseo dominante de los tres amigos. Pensó unirse con ellos Romaniano, ciudadano muy rico de Tagaste, que habia ayudado á San Agustín desde la

muerte de su padre, socorriéndole con sus bienes y con sus consejos. En el tiempo de sus extravíos mantuvo Agustín una concubina, de la cual tuvo un hijo, á quien dió el nombre de Adeodato, esto es, dado por Dios. En Milan se apartó de esta mujer, la cual se volvió á Africa, é hizo voto de continencia para el resto de sus dias. El santo pensó casarse, y su madre le habia buscado una novia muy proporcionada, pero tan jóven, que hasta pasados dos años no podia contraer matrimonio.

Estaba el Santo á los treinta y uno de su edad, cuando acabó de desprenderse de las imágenes corporales, á que le acostumbraron los maniqueos, y formó ideas mas exactas de Dios, de la naturaleza espiritual, y del origen del mal. Hallaba ya gusto en leer la sagrada Escritura, y particularmente á San Pablo; pero todavía no alcanzaba la fé de la Encarnacion, no sabiendo considerar á Jesucristo mas que como un varon muy excelente. En este estado se presentó al presbítero Simpliciano, varon respetable por su edad y fama de virtud. Agustín le refirió la série de sus errores, y le dijo que habia leído los libros de los platónicos, que Victorino habia trasladado en latin. Simpliciano le dió la enhorabuena de no haber caido en escritos de otros filósofos mas peligrosos, y le refirió la conversion de Victorino. Al Santo le hizo mucha impresion, y concibió ardientes deseos de imitarle.

Estando en su casa un dia con Alipio, llegó Ponticiano empleado en la corte, el cual viendo un libro sobre la mesa, le abrió, y vió que era San Pablo. Quedó sorprendido de hallar solo aquel libro en lugar de algunas de letras humanas: volvió los ojos á San Agustín con una sonrisa mezclada de admiracion y de gozo, pues era cristiano muy dado á la oracion. Y habiéndole dicho el Santo que se aplicaba á esta especie de lecturas, la conversacion cayó sobre San Antonio, cuya vida refirió Ponticiano, como muy sabida de los fieles. Al Santo y á Alipio les vino de nuevo, y quedaron admirados de tan grandes y tan recientes maravillas, y de la multitud de monasterios que llenaban los desiertos. Les refirió tambien Ponticiano la conversion de dos oficiales del emperador, que hallando en Tréveris por casualidad la vida de San Antonio, les hizo tal impresion, que sobre la marcha abrazaron la vida monástica. Con esta conversacion quedó Agustín absorto y santamente conmovido.

Al retirarse Ponticiano, el Santo se levanta, se dirige á Alipio, y mudado del semblante y de la voz, le dice con vehemencia: «¿Qué es esto? ¿Qué hacemos nosotros? Los ignorantes se apoderan del cielo, y ¿nosotros insensatos con nuestra ciencia nos quedamos revolcándonos en la carne y sangre? ¿Qué, nos avergonzamos de seguirlos? ¿No es peor vergüenza no poder alcanzarlos?» Alipio absorto, sin responderle, le está mirando, y le sigue, pues la agitacion en que se halla el Santo le lleva al jardin. Allí se sienta en lo mas apartado de la casa. Agustín se estremece contra sí mismo de no poder acabar de resolverse á lo que parecia depender solo de su voluntad: se arranca los cabellos, se dá golpes á la frente, y se abraza las rodillas con las manos juntas. Alipio no le deja, y espera en silencio en que vendrá á parar una agitacion tan extraordinaria. Pero Agustín no puede aguantar más la angustia de su corazon, busca algun desahogo en los clamores y gemidos, se levanta, se vá lejos de Alipio, se echa al pié de una higuera, derrama torrentes de lágrimas, y prorumpe en las más sentidas exclamaciones y lamentos: «¿Hasta cuando Señor...? ¿Cuando se acabará vuestra cólera? ¿Por qué mañana? ¿Por qué no ahora?» Con semejantes expresiones cortadas por la vehemencia de su dolor, e taba implorando el auxilio divino, cuando le interrumpe una voz, como de un niño que estuviese en una casa vecina, que repetia siempre en latin: *Tolle et lege, esto es, toma y lee*. Reflexionó el Santo si los niños en sus juegos ó canciones decian estas palabras; y observando que no, creyó que Dios le mandaba abrir el libro, y leer la primera cláusula que se le ofreciese, acordándose de que San Antonio se habia convertido con apropiarse las palabras del Evangelio, que se leian cuando entraba en la Iglesia. Vuelve pues á donde estaba Alipio, lee lo primero que le viene á los ojos, y eran estas palabras de San Pablo: «No andeis entre comilonas y embriagueces, no entre deshonestidades y disoluciones, no entre querellas y envidias; ántes bien revestidos de Jesucristo nuestro Señor, y no querais contentar vuestra sensualidad, satisfaciendo á sus deseos.» «Al leer estas pocas líneas, dice el Santo, se derramó en mi corazon una luz celestial, que disipó todas las tinieblas de mis dudas, y me dejó del todo tranquilo.» Vuelto pues á Alipio con sereno semblante, le contó lo que le acababa de suceder. Alipio